

absoluta: ¡nadie ve en ella á la mujer: todo el mundo ve á la diosa!—No justifican, pues, las estatuas gentílicas en los Museos cristianos la inicua absolucion de Frine: no representan el triunfo de la Herмосura sobre la Moral; no arguyen nada en favor de *el Arte por el Arte*. Al contrario: prueban que el idealismo puede llegar en el hombre hasta el punto de convertir en devoción mística el amor terreno; simbolizan la union hipostática de la Bondad y la Belleza; y, en fin, señores, traen á la memoria, ya que de Frine hablamos, que, si un Tribunal indigno prevaricó cínicamente y la absolvió al verla desnuda, el Senado, en compensacion, no admitió el insolente ofrecimiento de la misma cortesana de reedificar á su costa la ciudad de Tébas.

Nada más diré acerca de los Griegos, considerados dentro de su patria... Cuando la fe se entibió en aquella sociedad, el Arte perdió su sávia divina y dejó de ser ministerio santo, para convertirse en parodia de sí propio y simulacro de la ausente inspiracion del alma...—Huyamos tambien nosotros de este pueblo moribundo, y trasladémonos á Roma.

Los Romanos tenían dioses de igual naturaleza que los Griegos; pero dioses sin historia y más separados ya del hombre. En cambio, habían colocado casi á la misma altura que la santidad de aquellos númenes la santidad de la Patria, la santidad de la Familia, la santidad del Hogar, la veneracion de los Antepasados, la religion de la Justicia y del Derecho, y, como consecuencia, la igualdad entre pares, la dignidad respectiva en cada orden y el respeto jerárquico entre todos. Este conjunto de devociones religiosas, morales y políticas, que da á conocer en los Romanos un carácter más práctico y ménos contemplativo que el griego, requería una *finalidad* más

declarada en el Arte, como, en efecto, la muestran los monumentos útiles ó remuneratorios, las ceremonias y oraciones fúnebres y aún la literatura histórica y didáctica, que casi puede decirse precede en Roma á la poesia.—Por otro lado: si la ciencia pura extinguió muy luégo en el Lacio la fe religiosa, como ya la había extinguido en Grecia, no pudo secar las fuentes de donde esa fe dimanaba y de donde proceden al mismo tiempo los dictados de la Moral; prueba clarísima de que el hombre es algo más que el instrumento dialéctico de que la Ciencia se vale. Aconteció, por consiguiente, que, mientras la plebe romana llenaba el vacío de la fe con las supersticiones más extravagantes, la Filosofía, incurriendo á su modo en idéntica contradiccion, buscó en las disputas de los decaidos griegos doctrinas y fórmulas convencionales con que llenar el vacío de la Ciencia.

Dos eran entónces las escuelas morales predominantes allende el Adriático: la estóica y la epicúrea.

Predicaban los Estóicos una virtud austera y desdeñosa, sin origen ni esperanza; un amor incondicional al bien, sin dilucidar su naturaleza; una moral, en suma, inflexible y huérfana como el Acaso; grande en su desolacion por su desinterés, pero sin entrañas ni consuelo para los débiles.—El español Séneca fué en Roma la más egregia personificacion de esta filosofía, no sólo en las esferas del saber, sino en el cultivadísimo campo de las Letras, y su noble entendimiento llegó á deducir de aquellos ásperos principios máximas tan saludables y puras, que hasta los Padres de la Iglesia cristiana las invocan y recomiendan en sus santos libros, no faltando quien asegure que el mismo San Pablo solía decir en alabanza del sabio cordobés: *¡Senecam nostrum!*

Los Epicúreos consideraban la vida como una carga, y



querían hacerla más llevadera aceptando lo que tiene de grato y suavizando con la sobriedad el contraste entre penas y placeres. Doctrina tan flexible degeneró en un sensualismo refinado y muchas veces grosero, cuyos cantores más célebres, y también más dignos de lástima, fueron Lucrecio y Ovidio.—El suicidio de Lucrecio reveló al cabo la consecuencia lógica de tales premisas, así como la sinceridad de sus opiniones. ¡No se calificará, pues, su famoso y malhadado poema (*De rerum natura*) de mero alarde retórico ó de lucubración indiferente á la Ética! A mayor abundamiento: en el fondo de esta obra impía, se oye siempre un grito impremeditado de la conciencia que vuelve por la Moral, y hasta cuando, partiendo del error, el misero vate la ofende y contradice, muéstrase animado de un afán de enseñanza y de reforma que nada tiene que ver con *el Arte por el Arte*.

En cuanto á Ovidio, los hechos hablan todavía con mayor elocuencia.—Ovidio rebajó el epicurismo hasta el fango de las brutalidades cínicas, salva la elegancia exterior de su persona y de sus cantos, y con todo ello (¡triste es decirlo!) fué el poeta más popular de la pervertida Roma. Irreverente, corruptor y sentimental, trató como materia de entretenimiento la leyenda religiosa y prostituyó vilmente la poesía. Pero ya lo indicamos en sazón oportuna: semejantes obras pertenecen al orden de los pecados: la delectación que producen á los viciosos es ilícita: como ilícita, tienen que saborearla clandestinamente, y nadie se atreverá á pretender que lo que no puede ser público, sea considerado como artístico! Lo contrario equivaldría á pedir, no ya un Arte indiferente al Bien, no ya un Arte sin virtud, sino un Arte criminal por derecho propio... ¡Oh, no! El Arte, para merecer tan noble dictado, necesita el aplauso colectivo, la sanción de la humanidad, la gloria

pública, la luz del cielo!—Dicho sea en honor de la antigua Roma, las obras obscenas de Ovidio fueron juzgadas, no solamente como pecados, sino como delitos, y la ley social, la vindicta pública, la ira del César, desterró para siempre del mundo civilizado al licencioso cantor, sin consideración alguna á la pretendida independencia del Arte y de la Moral. Entónces el infeliz expatriado renegó también de principio tan innoble; rindió homenaje á la virtud en sus desgarradoras elegías de *Los Tristes* y *De Ponto*, y, alegando tales méritos, aunque sin recoger el fruto en vida, pidió á la sociedad misericordia.—¡Otorguémosela!

Horacio, por más que también fuese epicúreo, consideró la Belleza como los estoicos la Virtud; y tan elevado concepto tuvo del Arte, que, sólo á impulsos de él, y como caso de buen-gusto, fué constantemente moral y muchas veces moralista en sus inmortales versos. Creo que á Horacio puede denominarse *el Catón de la forma* y *el Epicuro de la honradez*. «Corregir deleitando» era su divisa, y en otro lugar exclama: «*Omne tullit punctum qui miscuit utile dulci.*» Por eso ocupa un puesto separado y propio en las Letras latinas, y fué el poeta ménos popular y más aristocrático de su tiempo. «*Satis est equitem mihi plaudere!*» dice él mismo con arrogante desenfado.—Nada añadiré acerca del clásico por antonomasia: hable por mí su *Arte Poética*, de todos conocida, donde á cada paso se establece como norma lo mismo que yo trato de demostrar con ejemplos.

Virgilio representa otro aspecto histórico de aquella época (que, como veis, no estoy examinando cronológicamente, sino en su gradación filosófica). La dislocación política, inseparable siempre de la dislocación moral, había hecho pedazos el mundo helénico, ó helenizado y desorganizado



la República romana. Con todo, á falta de otros elementos, el pueblo latino conservaba fuerzas sociales, anónimas y subterráneas sin duda, pero bastantes para sostener una tiranía digna de su grandeza. El mundo entero pesaba sobre Roma, y Augusto, sintiendo la necesidad de afirmar las bases del naciente Imperio, produjo una súbita reacción religiosa, artificial entre los patricios y los artistas, pero real y efectiva entre la plebe.—Un poeta provinciano, á cuya casa habian llegado los horrores de las guerras civiles y no los placeres de las últimas orgías republicanas, una especie de Trajano de la Poesía, fué el cantor natural de aquella Restauracion. Virgilio ensalzó la Paz, el Trabajo y la Patria, presentando esta patria sobre el fondo de oro de la Religion. La Paz, sí, la dulce paz de los campos es la musa de *Las Bucólicas*: es el Trabajo el pródigo númen de *Las Geórgicas*; y la Patria y la Religion son las nobles inspiradoras de *La Eneida*. Canta el poeta mantuano, no al colérico Aquiles, sino al piadoso Eneas, personaje religioso que peregrina con sus Dioses buscando un abrigo donde restaurar la perdida patria; y he aquí por qué este héroe, extraño al mundo gentil, da á los versos de aquel poema un sabor tan grato á la Cristiandad como en su esfera respectiva lo fué el carácter de Trajano.

Dibujada así la figura de Virgilio á la luz de su propia gloria, demostrado queda tambien que su testimonio habla en favor de mi digna causa. Sigo, pues, adelante con renovado aliento, como quien ve próxima la feliz terminacion de su viaje; que ya clarea, tras la noche del muerto paganismo, la aurora de la Religion Cristiana, y pronto sus vivos resplandores alumbrarán el gran triunfo del alma sobre el cuerpo y de la Moral sobre la idolatría.

La decadencia del mundo clásico era irremediable. Ni

la tentativa de Augusto ni otras que se siguieron bastaron á vigorizar la antigua fe, escarnecida y desautorizada en la Ciencia, en el Arte y en las costumbres. La interesada hipocresía y la grave Razon de Estado, que mantenian como galvanizado á Júpiter en los solitarios templos cuando ya habia fallecido en las conciencias, no engañaban realmente á nadie, ni tan siquiera á la sencilla plebe, y pronto vióse que todos los espíritus sinceros comenzaban á abrazar la Religion del porvenir; el Cristianismo.—Poderoso auxiliar de esta crisis suprema habia sido Luciano de Samosata, griego ingerto en latino, cuya impía y sarcástica voz tanto daño hiciera á los teólogos y filósofos gentiles, acusándolos de hipócritas y falsarios, y predicando la virtud por la virtud, tal como aquel pagano la entendia; pero ni de él, ni del heróico y sublime Juvenal, que tambien habia fustigado valerosamente con sus inmortales versos á la corrompida Roma, ni de Marcial, Plauto y Terencio y otros censores de las públicas costumbres necesito hacer detenida mencion; pues á nadie se oculta que la Sátira, en todos sus aspectos, lo mismo en la comedia que en el libro, lo mismo en el pasquin anónimo que en la cancion popular, es y no puede ménos de ser moralizadora ántes que artística, como que tiene por musa el bien y por objeto de sus iras el vicio.

¡Respiremos, señores! Hemos llegado á los tiempos cristianos: es decir; hemos llegado á nuestros dias, con lo que mi tarea puede darse por casi terminada. De aquí en adelante todos depondrán claramente en mi favor, y mi único trabajo será elegir entre el sinnúmero de testigos... —En efecto: ¿quién negará que toda la civilizacion hija de la Cruz ha sido en esencia el reinado del espíritu sobre la forma? ¿Qué pudiera yo añadir en este punto á lo que sabe el más ignorante, á lo que palpita en su corazon, á lo



que brilla en el santuario de su alma? Y si de tal modo han pensado y sentido universalmente los cristianos, ¿qué no habrán expresado en sus obras los poetas y los artistas?

Diez lentos siglos, los diez siglos de la Edad Media, pasan ante nuestra imaginación como un solo éxtasis de los pueblos redimidos por Jesús...—«¡Hierro y tinieblas por doquier!»... Es cierto: hierro y tinieblas cubrían la haz de la trasfigurada Europa... Pero en las entrañas de aquellas tinieblas residía lo infinito. ¡Y qué relámpagos tan deslumbradores salen de aquel caos!...—Prescindo de la predicación de la Ley de Gracia: prescindo (aunque, por la forma artística de sus escritos, pudieran servir, si no han servido, de modelo á la poesía moderna) de las sublimes obras de los Santos Padres: prescindo también de los Poemas y de los Códigos que se escribían, en el nombre de Dios Omnipotente, al par que se realizaban aquellos otros poemas en acción llamados las Cruzadas, la Guerra hispano-árabe de los Siete siglos y el Descubrimiento de América, gloriosísimos empeños todos, que formaron de consuno las Lenguas con que hoy se infiere agravio á aquella Edad, y los pueblos y Estados que ya reniegan de sus fundadores... — Sólo hablaré de dos obras magistrales, esencialmente literaria la una, y esencialmente artística la otra: sólo hablaré de un poeta y de un pintor que resumen el espíritu romántico y religioso de la Edad Media, y que parecen el alma de aquellas Catedrales góticas donde la piedra se espiritualiza hasta desvanecerse en la idealidad del concepto puro: sólo hablaré de Dante y de Beato Angélico... ¡Nadie había expresado hasta entonces con la lira ó con el pincel sentimientos tan místicos, tan elevados, tan inmateriales como los de esos dos ascetas de la forma! ¡Nadie los ha expresado después, como no sean algunos genios contemplativos de nuestra patria! Pues bien, señores: no

la adoración del Arte, sino la sed de justicia y el amor del Cielo inspiraron aquellas inefables visiones de *La Divina Comedia* y del cuadro de *La Anunciación*, seráficos ensueños del alma, milagros de la fe, revelaciones de lo infinito, que bastan á caracterizar las Artes y las Letras de las diez centurias que mediaron entre la caída del Imperio de Occidente y los días del Renacimiento.

¡El *Renacimiento!*—Sabía de antemano que esta fecha crítica de la civilización de Europa era otra de las posiciones estratégicas en que podían aguardarme los partidarios de la libertad de pecar de las Musas; pero ya observaríais más atrás que me apercibí á tiempo contra semejante emboscada. Me limitaré, pues, á decir, apoyándome en axiomas anteriormente establecidos, que aquel decantado Renacimiento, independiente de los ideales contemporáneos, no tuvo vida propia. Con todo su esplendor y magnificencia, que yo no le disputo, fué en sustancia una falsificación de sentimientos ajenos, un anacronismo voluntario, una primavera artificial. Sus flores habían abierto, no al influjo del sol, sino de las estufas de las Academias. El artista no buscaba la forma en su inspiración, sino excavando en las ruinas de los edificios paganos. No se discurría; se calcaba. Dejó de haber modelos vivos: la Antigüedad lo daba todo hecho. Debajo de la túnica de María se vislumbraba el cadáver de Niobe. La Muerte servía de maniquí.—Pues, aun así y todo (¡oh desencanto para los materialistas del Arte!), no hay obra alguna de aquellos tiempos que no abogue en favor de mi tesis. Todas encierran un fin moral, ora cristiano, ora gentil. En el primer caso, sus autores habían procedido como artistas: en el segundo, como eruditos. Pero ello es que ni uno solo dejó de pedir inspiración á la fe propia ó á la extraña para que su engendro no careciese de naturaleza mo-



ral. Apelo á todas las obras de Vinci, de Rafael y de Miguel Angel, titanes de aquella revolucion, y al Tasso y al Ariosto, que la representan en la Literatura.

¿Y despues? ¿qué ha sido de las Letras? ¿qué ha sido de las Artes? ¿Han renegado en algun pueblo del ideal generoso que las produjo, para convertirse en idólatras de sí mismas?—Veámoslo rapidísimamente.

De España no tengo que hablar. Aquí, por la misericordia de Dios, no ha habido nunca el menor asomo de idolatría para las obras humanas. Esta es la tierra de los enamorados, pero no idólatras, de la hermosura; de los paladines del honor; de los mártires de la patria; de los soldados de Jesus; de los siervos de María. Aquí no se ha concebido jamás eso de *el Arte por el Arte*, sino el Arte por la devocion, el arte por el amor, el arte por los cuidados del alma. Esta es la tierra de los llamados soñadores, de los ascetas, de los héroes, de los hidalgos, de los *Quijotes* de la Historia; es decir, la tierra de la fe incondicional, de los afectos absolutos, de los sacrificios sin límites, de los ideales sobrehumanos, donde plugo al Cielo que naciesen, no sólo andantes caballeros, sino tambien esos Hércules de la caridad que se llaman San Juan de Dios ó D. Miguel de Mañara. Aquí la poesia lirica tiene por maestros á Berceo, Alfonso X, Juan de Mena, Jorge Manrique, San Juan de la Cruz y Fray Luis de Leon, cantores de la muerte y de la inmortalidad, que no concibieron más bien que el que es Bien Sumo. Esta es la tierra clásica del amor desinteresado y de la dificultosa teología para los casos de honra; la tierra de los caballeros y devotos de Calderon, de las nobles mujeres de Lope de Vega y de los desfaceadores de agravios del inmortal Cervantes. Aquí todos han escrito creyendo, enseñando, criticando, moralizando, poniendo en lucha el deber y la pasion, la Moral y el deseo,

el bien y el mal, para adjudicar el premio á la virtud y someter los apetitos al imperio de la conciencia. Nuestras envidiadas pinturas llevan los nombres de Murillo, Ribera, Zurbaran, Alonso Cano, Juanes, Morales, Claudio Coello..., para quienes el caballete no fué más que un altar en que quemaron la mirra y el incienso de su inspiracion...—El mismo Velazquez, el pintor realista (como se dice ahora) es todo filosofía, todo moralidad, todo devocion, cuando rompe los estrechos límites del retrato ó del encargo.—Y, en punto á escultores, puede decirse que, si por acaso los tuvimos, sólo labraron la piedra ó tallaron la madera para representar á Cristo y á sus Mártires. ¡Nunca fué su empeño hacer un ídolo del cuerpo humano! Antes pusieron todo su afan en espiritualizar la materia.

Pero me abruma y me sofoca la multitud de pruebas que acuden á mi imaginacion en apoyo de lo evidente, de lo inconcuso. Acabaré, pues, por lo tocante á España, citando de nuevo la obra más admirable del ingenio nacional y tambien del ingenio humano.—¿Qué es el *Don Quijote*? ¿Qué significa para la Moral esa creacion maravillosa, tan venerada en toda la tierra? ¿Es meramente, como algunos dicen, una sátira contra los Libros de Caballerías, que Cervantes consideraba dañosos á las buenas costumbres, y acaso, acaso, una caricatura del espíritu aventurero de los políticos españoles, personificados en Alonso Quijada? ¡Pues ya tenemos aquí el *fin útil* de la grande obra!—¿Es, por el contrario, y como yo creo, una sátira contra el egoismo, contra la injusticia, contra la ingratitud, contra la grosería del vulgo alto y bajo, y contra el escarnio que hace y mala cuenta que suele dar de aquellos generosos paladines que se aventuran á luchar y sufrir por el prójimo? ¡Ah, señores! En tal caso, ¡qué desagravio de la